

Violencia Filio-Parental: Revisión de la Bibliografía

Tatiana Pérez García¹
Roberto Pereira Tercero²

Introducción

Las publicaciones centradas en la violencia ejercida por parte de hijos a padres son escasas; el fenómeno de los padres/madres víctimas de la brutalidad de sus hijos/as no se encuentra aún exhaustivamente documentado. La literatura revisada para este artículo pertenece en su mayoría a países anglosajones: Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Canadá cuentan con líneas de investigación consolidadas en este tema, así como con servicios de intervención especializados. En Europa, destacan los trabajos de varios equipos franceses. En otras culturas llama especialmente la atención la abundante literatura japonesa sobre el tema, que por motivos lingüísticos no ha podido ser consultada, por lo que sólo conocemos de ella las citas incluidas en otros trabajos. (Dugas, Mouren, Halfon, 1985).

Existe no obstante material centrado en padres/madres de la tercera edad maltratados/as por sus hijos/as adultos/as, sobre violencia ejercida durante períodos de síndrome de abstinencia por parte de hijos/as drogodependientes o de parricidio, pero en menor medida sobre el tema que nos ocupa.

En los países occidentales, la violencia filio-parental como tal no

ha constituido hasta ahora un motivo de consulta frecuente. Con el término violencia filio-parental nos referimos a aquellas conductas agresivas, acompañadas o no de amenazas verbales e insultos, realizadas de manera repetida hacia uno o ambos progenitores, o quienes funcionan como tales. Las reflexiones planteadas en este artículo excluyen deliberadamente a niños/as, adolescentes y jóvenes diagnosticados con trastornos de personalidad, de tendencia psicótica o psicopática.

Aunque el abuso de alcohol y otras drogas se ha relacionado frecuentemente con el ejercicio de conductas violentas por parte de hijos/as a padres/madres, las reflexiones expuestas en este artículo tampoco harán mención específica a estos casos. Sin lugar a dudas la influencia del consumo de drogas resulta crucial, aunque desde nuestra perspectiva no como causa primaria de conductas abusivas por parte de estos jóvenes, sino como aspecto sintomático de disfunciones familiares más profundas.

En definitiva, nos referimos aquí a la Violencia F-P ejercida por niños/as, jóvenes o adolescentes en apariencia "normalizados", cuyas agresiones no están relacionadas con patologías graves, abuso de tóxicos, o retraso mental grave, es decir, que no se realizan en un estado de disminución de la conciencia producido por una intoxicación, un trastorno del curso o contenido del pensamiento o un síndrome orgánico. Se trata en definitiva de un tipo de violencia relacionada con los objetivos habituales en el resto de violencias intrafamiliares: el control y el poder.

¹ Lda. en Psicología. Terapeuta de Euskarri.

² Médico Psiquiatra. Director de la EVNTF.

Una de las cuestiones que emergen del análisis de la literatura es considerar las razones por las que esta forma de violencia no haya sido considerada de manera específica. Algunos autores argumentan que se trata de una forma de violencia *menos peligrosa* en el sentido en que las lesiones serias u hospitalizaciones no son frecuentes, otros autores sostienen que la tendencia es que esta forma de violencia desaparezca de manera espontánea, sin necesidad de intervención.

En cualquier caso, y aún teniendo en cuenta –como explicaremos más adelante– que en muchos casos se trata de una violencia reactiva y defensiva, (que responde a otras formas de violencia en los padres, más o menos sutiles), el problema clave reside en la dificultad de trabajo con quienes son a la vez víctimas y verdugos. Además de esta dificultad, los problemas de conducta de los hijos/as son frecuentemente explicados mediante el uso de etiquetas clínicas, que oscurecen aún más el asunto y no priorizan las dimensiones sociales de la violencia intrafamiliar. Estas etiquetas a menudo proporcionan alivio a los padres/madres, aunque resultan más descriptivas que explicativas de las conductas violentas. (Gallager, 2004).

Este fenómeno merece especial atención por su expansión creciente, o, al menos, por su mayor apreciación como tal. Las memorias judiciales del año 2005 en España recogen espectaculares incrementos de las denuncias interpuestas por padres/madres

supuestamente agredidos por sus hijos/as. El total de denuncias de este tipo en España en 2005 asciende a 5.500 (Memoria de la Fiscalía General), denuncias que se han multiplicado por 8 en los últimos 4 años (Fiscalía de Cataluña), por 4 en los mismos años (Fiscalía del País Vasco) o por 3 en los últimos 2 años (Fiscalía del País Valenciano).

Este tipo de violencia origina un enorme sufrimiento y estrés en las familias que lo padecen, puede suponer el inicio de una “carrera de maltratador” en los jóvenes que lo perpetran y necesita un abordaje específico por parte de los profesionales, tanto de la salud mental como de otros ámbitos, directa o indirectamente relacionados (juristas, educadores, profesorado...). La violencia filio-parental parece ser así el eslabón perdido en el ciclo de la violencia familiar, pues las variables tradicionalmente empleadas para estudiar la violencia –nivel socioeconómico, aislamiento social, grado de distrés familiar– no parecen tener el mismo impacto en la violencia filio-parental. (Brezina, 1999).

Prevalencia del fenómeno

Con las estas condiciones y teniendo en cuenta la divergencia en cuanto a la metodología de análisis de la violencia filio-parental, las estimaciones respecto a su prevalencia resultan, cuando menos, arriesgadas.

No disponemos de indicadores fiables que permitan conocer la extensión de este tipo de violencia. Las muestras consideradas en los estudios no suelen ser representativas de la población

general, por lo que las generalizaciones deben ser cautas, teniendo en cuenta que existen numerosas variables que influyen en la forma en la que los datos son recogidos y analizados (como el tipo de cuestionario empleado, la definición de la violencia estudiada, el uso de estudios clínicos o encuestas de población, etc.).

Los datos de prevalencia de la violencia filio-parental disponibles son muy dispares, y varían entre un 0,6% y un 16% (Laurent, Boucharlat, Anchisi, 1997). La mayoría de materiales revisados establece una prevalencia media cercana al 10% de sujetos de entre 3 y 18 años, con un 3% de adolescentes que incurrir en una violencia extrema (Cornell y Gelles, 1982, citado en Agnew y Huguley, 1989, Brezina, 1999). Resulta llamativo que la prevalencia registrada de esta violencia filio-parental en hogares monoparentales con la madre con único progenitor presente asciende a 29% (Paterson, R., Luntz, H., Perlesz, A., Cotton, S. 2002).

Descripción de las conductas agresivas

Las conductas agresivas son variadas; la mayoría de padres son insultados y amenazados. Algunos reciben puñetazos, patadas, escupitajos, mordeduras, pellizcos, tirones de pelo... En ocasiones los hijos/as utilizan objetos como escobas, bastones, cuchillos o destornilladores. La gravedad de estas conductas violentas ejercidas hacia los padres no debe hacernos obviar aquellas conductas tiránicas ejercidas de modo menos ostentoso, como la imposición de los horarios de comidas, la elección

de la programación en la televisión a unos padres, que desorientados, no ven otro remedio que cumplirlas. Los daños a bienes materiales acompañan con asiduidad a estas conductas agresivas.

Los factores desencadenantes de los golpes son muy variables y a menudo mínimos, la mayoría se relacionan con la escasa tolerancia a la frustración de los hijos/as. Así, los golpes o la rotura de objetos suponen una forma de intimidarles para que satisfagan rápidamente alguna de sus exigencias –compra de ropa, juegos u obtención de sumas de dinero.

Aunque algunos de los niños/as reconocen ejercer violencia contra sus padres, la mayoría tiende a minimizar tanto la importancia de su conducta como la gravedad de los daños.

Descripción de los Agresores

Género

Los datos respecto al género de los agresores son dispares y en ocasiones contradictorios, de nuevo dependiendo de la metodología de investigación empleada en cada caso. Los estudios clínicos señalan que los chicos son más proclives a emplear la violencia física que las chicas (Agnew, Huguley, 1989; Harbin, H.T.; Madden, D.J., 1979; Mouren, M.C.; Halfon, O.; Dugas, M., 1985).

Sin embargo, los estudios epidemiológicos realizados con muestras amplias y representativas de la población general sugieren que no existen diferencias en cuanto al género de los

perpetradores. (Agnew, R.; Huguley, S., 1989; Pagani et.al, 2004).

Edad

La etapa decisiva en la que surgen muchas conductas violentas suele ser la adolescencia, aunque muchos de los padres y madres violentados refieren dificultades en la crianza de sus hijos/as a edades tempranas (Gilbert Wells, 1987).

De nuevo, los datos referidos a la edad de inicio son muy variables, aunque todos los autores destacan la adolescencia como período crítico para las primeras manifestaciones de este tipo de violencia. La edad media de inicio de la violencia se sitúa en torno a los 11 años, con extremos que van desde los 4 a los 24 años, en función de la investigación considerada. La edad media de consulta por problemas relacionados con la agresividad del menor ronda los 13 años.

En cuanto a la relación entre edad y aparición de conductas violentas, los datos al respecto tampoco son concluyentes. Cornell y Gelles (1982) señalan que la edad no correlaciona con la frecuencia y mantenimiento de conductas violentas, aunque el análisis por sexos revela que los ataques severos aumentan a medida que los chicos crecen mientras que su frecuencia decrece a medida que las chicas cumplen años. Peek (1985) concluye sin embargo que los ataques tienden a disminuir una vez el adolescente crece; esta disparidad probablemente responde a problemas metodológicos y variables diferentes de análisis en ambos estudios. (Agnew, Huguley, 1989).

Factores de personalidad

Muchos de los padres y madres entrevistados en los distintos estudios refieren dificultades en la crianza de sus hijos desde edades tempranas (4-5 años) y los definen como niños/as tiranos/as, obstinados/as o caprichosos/as. Autores como Gallagher defienden que el temperamento de los niños/as es extremadamente importante en el desarrollo de conductas violentas, y determinadas características como la tozudez, la impulsividad o la irritabilidad influyen en este fenómeno. (Gallagher, 2004).

Conceder demasiada importancia al temperamento del niño/a, joven o adolescente puede limitar el análisis de la violencia filio-parental aunque ignorarlo intensifica considerablemente la culpabilización de los padres y madres.

Sin embargo, la violencia no es en sí misma parte del temperamento, sino una conducta claramente aprendida. Existen rasgos, como ser activo, irritable o altamente expresivo que aumentan la probabilidad de que un niño/a aprenda a ser violento/a, pero asumir la idea de que la conducta violenta es inevitable, incontrolable o excusable –bien sea aludiendo al género, diagnóstico psiquiátrico o experiencias pasadas– resulta simplista y discriminatorio además de oscurecer aún más el asunto.

La sintomatología característica de en estos niños/as, adolescentes o jóvenes es de tipo fóbico: miedo a la oscuridad, agorafobia, fobia a los medios de transporte, fobia escolar... La ansiedad y el miedo

son los síntomas más frecuentemente descritos por la literatura, especialmente el miedo al fracaso y la inhibición que hacen que su rendimiento escolar suela ser inferior a su potencial intelectual.

En cuanto a las relaciones extra-familiares, la literatura consultada señala de nuevo aspectos divergentes. Mientras que algunos de los hijos/as violentos/as son descritos como aislados y solitarios, con pocos amigos fuera del entorno familiar e incapaces de establecer relaciones sociales al margen de sus habituales relaciones agresivas, otros estudios señalan a estos chicos/as como encantadores fuera del entorno familiar, o dóciles y temerosos en el entorno escolar.

El análisis por género de las conductas violentas fuera del hogar parece señalar que las chicas que han agredido a sus padres/madres son más proclives a estas manifestaciones violentas que los chicos agresores también en su medio social, especialmente en la escuela y hacia otros adultos que no sean sus progenitores. (Romero et.al, 2005).

Descripción de los padres y madres

Características sociodemográficas

El perfil de los padres/madres violentados/as responde a una edad avanzada, es decir caracterizados por una parentalidad tardía. La media de edad en la literatura consultada ronda los 54 años en el momento de las primeras agresiones, con valores entre 29 años (Laurent, A.; Boucharlat, J.; Anchisi, A.M. 1999) y 68 años

(Cottrell B.; Monk, P. 2004). Su posición social tiende a ser elevada, y con frecuencia cuentan con una sólida titulación académica, o ejercen profesiones liberales. Parece que la violencia filio-parental se da con menor frecuencia en familias de medios desfavorecidos. (Mouren, M.C., Halfon, O., Dugas, M., 1985).

Género

Los datos muestran que las madres suelen ser más frecuentemente violentadas por sus hijos (Bobic, 2002; Brezina, 1999; Cárdenas, Cottrell, Monk, 2004; Gallagher, 2004). Las madres suelen ser físicamente menos fuertes que los padres y tienden en menor medida a devolver los golpes, por lo que son víctimas frecuentes de estos abusos.

Por otro lado, la proporción de madres solteras o separadas/divorciadas es significativa en todos los estudios; en la actualidad tienen más probabilidad de encontrarse solas educando a sus hijos/as. Las madres por lo general toman mayor responsabilidad en la crianza de los hijos/as, y a menudo se sienten culpables por su mal comportamiento, quedando atrapadas en la relación. Este es un elemento clave en el origen y mantenimiento de la violencia filio-parental, que describiremos en detalle en el apartado dedicado a la dinámica relacional familiar.

El mantenimiento del secreto

La literatura especializada en violencia de género y desprotección y maltrato infantil ha subrayado la negación que manifiestan quienes viven estas situaciones. En la violencia filio-parental, la negación es otra constante, aunque en ocasiones los padres admiten la gravedad de las agresiones inmediatamente después de que se produzcan. Las familias llegan a tolerar niveles altos de agresividad antes de tomar medidas. (Harbin, Madden, 1979).

Aunque este pacto de silencio parece ser consensuado para la protección de los niños/as, los padres/madres maltratados intentan, muchas veces, preservar su propia imagen y mantener el mito de la armonía y la paz familiar. El reconocimiento de la aberración de la actitud y el comportamiento de sus hijos/as les enfrenta a una sociedad que les condena por su fracaso como padres, sin tener en cuenta ni las dinámicas relacionales que operan en estos casos, ni las dimensiones sociales de la violencia a la que asistimos con demasiada frecuencia en la actualidad.

El mantenimiento del secreto consiste así en la negación del problema y en el intento de protección de los hijos/as por parte de los padres/madres, y se manifiesta de las siguientes maneras:

- a) Rechazo de la confrontación o discusión abierta sobre la conducta violenta.
- b) Intentos de todos los miembros de la familia de minimizar la conducta violenta.
- c) Rechazo de la imposición de castigos o establecimiento de

respuestas inconsistentes a la agresión.

- d) Rechazo de solicitud de ayuda externa.

Descripción de la dinámica relacional familiar

Los mecanismos que pueden favorecer la aparición de violencia filio-parental son múltiples. En este apartado se revisarán los más frecuentemente aludidos, teniendo en cuenta que algunos de ellos pueden conjugarse en una misma familia; no funcionan necesariamente de manera excluyente entre sí. (Laurent, Boucharlat, Anchisi, 1996). Para entender la dinámica relacional de estas familias, es importante señalar tres aspectos:

- a) La violencia se entiende como el resultado de la interacción entre los diferentes miembros de la familia.
- b) Esta violencia tiene un sentido que, aún escapando en un primer momento a unos y a otros, debe ser descifrado y verbalizado.
- c) Los roles de víctima y agresor pueden intercarse.

Experiencias previas de violencia familiar

Entre las explicaciones más frecuentes para esta violencia filio-parental destaca la experiencia previa de violencia en el seno familiar.

El hecho de haber presenciado violencia en la familia o entre los cónyuges se ha relacionado directamente con un aumento en la violencia filio-parental (Carlsón, 1990; Cornell y Gelles, 1982;

Kratcoski, 1985, citado en Paterson, Luntz, Perlesz, Cotton, 2002). Así, los niños que han vivido en sus hogares una forma de resolución de conflictos basada en la violencia y en la confrontación tienen mayor probabilidad de emplearla con su familia.

Padres no normativos

El deseo de educar de forma democrática en no pocas ocasiones se traduce en unos padres excesivamente permisivos y desbordantes de amor, que imponen pocas normas y límites a sus hijos. Las conductas violentas no se generan por poner en práctica una educación democrática, sino por una mala interpretación de este estilo educativo, con la incongruencia como constante. Cuando los padres/madres quieren ser *amigos/as de sus hijos/as*, se sitúan en un plano de igual a igual respecto a ellos. Esta ausencia de estructura jerárquica entre el subsistema parental y filial dificulta el establecimiento claro y coherente de normas y límites. Así, los límites se intentan establecer pero en pocas ocasiones llegan a ser efectivos, los castigos rara vez se cumplen, el adolescente, en definitiva, es en contadas ocasiones frustrado a nivel educativo por sus padres.

Esta ausencia de reglas crea a su vez un entorno poco seguro para los hijos/as, que obtienen una pseudo-autonomía y desarrollan conductas violentas en búsqueda de unos límites no encuentran. Hablamos de pseudo-autonomía porque la ruptura con sus progenitores mediante el empleo de la violencia no permite a estos chicos/as desvincularse

afectivamente de ellos, sino más bien todo lo contrario.

Las continuas escaladas simétricas y peleas perpetúan una relación basada en la dependencia de estos chicos/as con respecto a sus padres/madres y viceversa, aunque un análisis superficial del fenómeno pueda mostrar que estos chicos/as cuentan con cotas altas de autonomía. El grado de madurez alcanzado por los jóvenes cuando se inician los ataques a sus padres/madres no les suele permitir tampoco pensar y actuar por sí mismos/as, se trata así de una peligrosa y falsa autonomía generada en ausencia de seguridad. La funcionalidad del síntoma violencia en la familia puede así entenderse como un intento de sustitución de unos padres ineficaces, o como una forma de censura por la abdicación de sus funciones propias. (Bobic, 2002; Paterson, Luntz, Perlesz, Cotton, 2002).

La historia personal de muchos padres y madres que ponen en práctica estas pautas educativas revela con frecuencia una educación excesivamente normativa en sus familias de origen, que les condujo a adoptar un estilo educativo diametralmente opuesto.

Padres hiperprotectores

Algunos padres, por múltiples razones, se comportan de manera hiperprotectora con sus hijos/as (un niño/a muy deseado/a, o tardío/a, frágil o adoptado/a). Sus deseos se llevan a cabo sin la menor dilación, cualquier tarea que le suponga un esfuerzo o perturbación se realiza en su lugar; en definitiva se evita cualquier acontecimiento que le

pueda suponer frustración, por mínima que sea.

El riesgo en estas situaciones es que el niño/a demanda cada vez más de sus padres, desarrollando un comportamiento tirano, a la vez que pierde la ocasión de desarrollar aprendizajes para afrontar el mundo extrafamiliar. La llegada al mundo exterior sin las necesarias capacidades genera en los hijos miedo, inseguridad y ansiedad, y la omnipotencia que ha desarrollado con respecto a sus progenitores necesita de la presencia constante de éstos para mantenerse.

En definitiva, esta forma de educar crea niños dependientes, por lo que la violencia filio-parental en estos contextos se entiende como un intento de adquirir un espacio propio, de autonomía, o como una forma de expresar la ira hacia unos padres que han fomentado, por interés propio, una dependencia de estas características. (Alameda, Raymondet, Cyrulnik, 1996).

Cuando el hijo/a es objeto de conflictos parentales

En algunas parejas conflictivas, el hijo es utilizado por uno de los progenitores para formar una coalición contra el otro progenitor. En ocasiones la alianza se establece bien con la madre bien con el padre, alternando de acuerdo a una premisa de *o estás conmigo o estás contra mí*, lo que en la práctica se traduce en un funcionamiento de tipo tirano en el menor. (Alameda, Raymondet, Cyrulnik, 1996). La descripción de la literatura de esta tipología familiar que sitúa al hijo/a como objeto de conflictos parentales coincide con la denominación de Minuchin (1974)

de “tríada rígida”, una configuración relacional en la que los hijos/as son utilizados/as sistemáticamente para resolver, evitar o desplazar los conflictos existentes entre los padres/madres (citado en Linares, J.L., 2002).

En otros casos, la manipulación a la que es sometida el hijo revela el potencial perverso de uno de los padres, que cuenta con la capacidad de provocar en su hijo/a un sentimiento desmesurado de rabia cuya expresión es hábilmente desviada hacia el otro cónyuge. Esta configuración responde igualmente a la coalición estable descrita por Minuchin en la que el hijo/a permanece aliado a uno de los progenitores contra el otro.

Familias disfuncionales a nivel estructural

En estas familias, se establece una relación de tipo pasional entre el hijo/a agresor y el padre/madre victimizado/a. Se trata con mayor frecuencia de una pareja madre-hijo, aunque la literatura documenta también casos de padre-hija. (Alameda, Raymondet, Cyrulnik, 1996). Tal vez esta sea una de las situaciones más peligrosas para el hijo/a entrampado en esta relación, en la que funciona como sustituto de uno de sus progenitores, dentro de familias marcadas por una conyugalidad disarmónica. A diferencia de la categoría anterior, el funcionamiento relacional en este tipo de familias es más estable: la alianza se establece con el progenitor del otro sexo y perdura en el tiempo.

Padres rechazantes o maltratadores

La raíz de algunos de los casos de violencia filio-parental puede situarse en las negligencias, malos tratos o abuso sexual de los que han sido víctimas anteriormente los hijos/as. El odio acumulado por el hijo/a podría venir expresado como represalia o como chantaje por estas situaciones (retaliación).

El empleo de castigos físicos o la severidad de los castigos desproporcionados con respecto a la actuación que pretenden censurar se constituyen igualmente como una forma de maltrato que incluimos en esta categoría.

Abordaje terapéutico

La literatura revisada establece, independientemente de la epistemología y praxis psicoterapéutica considerada, que el trabajo con los padres y madres resulta ineludible. (Gallagher, 2004).

El primer paso para trabajar con estas familias es concienciar a los padres sobre sus propios derechos. Parece obvio que los hijos no deberían golpear a los padres, pero cantidad de padres/madres se encuentran desorientados sobre lo que es aceptable y lo que no lo es. Así, toleran comportamientos abusivos, iniciando círculos viciosos en los que el hijo/a siente mayor poder sobre ellos, perdiéndoles más y más el respeto a medida que se deteriora la relación.

El trabajo grupal con padres y madres resulta adecuado como abordaje de intervención. Los grupos de padres mixtos –con ambos progenitores- ofrecen a sus

participantes la posibilidad de compartir experiencias, sentirse aceptados y seguros, explorar aspectos socioculturales sobre la crianza de los hijos o intentar nuevas estrategias para abordar la violencia en sus hogares. (Jackson, Dilger, 1995).

La dificultad en el trabajo con padres y madres es la ausencia de una demanda clara y motivación para el cambio, más allá de “cambien a mi hijo/a”. Sí que existe una demanda por parte del hijo/a que pega, una demanda inconsciente, donde él gana y pierde a la vez y reside en la gravedad de la agresión que obliga a sus padres a acudir a consulta. El niño/a se hunde en el sistema familiar en el que él es a la vez víctima y verdugo. La gravedad de sus actos, el infligir dolor de manera repetida, supone así un intento equivocado de modificar el equilibrio familiar, pues no hace sino ponerlo en peligro.

Por otro lado, el trabajo con los adolescentes se centra fundamentalmente en hacerles tomar una mayor responsabilidad por su comportamiento violento, así como un mayor control sobre el mismo. Una de las dificultades principales es que los jóvenes raramente suelen reconocer que su comportamiento supone un problema, justificándolo y contra-argumentando a cualquier intento de fomentar una toma de conciencia como paso previo a una intervención más amplia. (Paterson, Luntz, Perlesz, Cotton, 2002).

La exploración de las familias de origen de ambos progenitores puede aportar claves para entender

el funcionamiento de estas familias marcadas por la violencia. Los aspectos educativos son igualmente importantes por su relación con el mantenimiento de las conductas violentas en el momento presente, y también la historia de pareja de los progenitores, por lo que las intervenciones que proponemos combinan aspectos de parentalidad y conyugalidad, haciendo referencia a las historias pasadas para entenderlas en el aquí y ahora. En el apartado dedicado al Protocolo de Intervención pueden consultarse de manera pormenorizada las intervenciones propuestas desde la Escuela Vasco Navarra de Terapia Familiar.

En cualquier caso, el cese de la violencia como condición necesaria para un proceso terapéutico es fundamental. Tolerar la violencia en el hogar no hará sino perpetuarla, por lo que las intervenciones que planteamos contienen un compromiso claro para el cese de los comportamientos violentos, lo que puede implicar el abandono del domicilio familiar por parte del hijo/a agresor mientras se garantiza este fin de la violencia.

Conclusiones

La violencia filio-parental no es un fenómeno nuevo, sin embargo no se le ha prestado demasiada atención y la bibliografía es escasa, e inexistente en castellano, hasta fechas muy recientes, en las que su eclosión mediática ha favorecido la aparición de alguna publicación.

Como hemos expuesto en esta revisión, el estudio de la violencia filio-parental incluye necesariamente el estudio del funcionamiento familiar. Casi todas las

publicaciones prestan alguna atención a este tema, independientemente de la epistemología considerada, aunque hemos detectado una ausencia de materiales que estudien la familia en un sentido más amplio, familia extensa y familia de origen de los padres/madres violentados (al menos no más allá de explorar si vivieron violencia con anterioridad). La literatura revisada esclarece poco estos dos temas.

Tampoco recibe suficiente atención la fratria, a pesar de que algunos coinciden en destacar la prevalencia de hijos/as primogénitos -y únicos- que desarrollan conductas violentas hacia sus padres. (Dugas, y otros, 1985; Romero, y otros, 2005). ¿Qué ocurre con el resto de hermanos, que no son violentos pero viven igualmente la situación? ¿En qué medida su comportamiento puede estar manteniendo la homeostasis familiar?

La prevalencia detectada, aunque los estudios no son muy concluyentes, es muy elevada, especialmente teniendo en cuenta la escasa atención que se le ha prestado hasta ahora. Nos induce a pensar en un ocultamiento de este tipo de violencia, que comienza a hacerse visible en relación, seguramente, con un incremento de la frecuencia e intensidad de las agresiones, y con una presión social dirigida a denunciar públicamente cualquier tipo de violencia intrafamiliar. La consigna de que *los trapos sucios se lavan en casa* parece que se va debilitando, y no se siente tanta vergüenza como antes al denunciar el maltrato por parte de los hijos.

La edad de comienzo de la agresión

resulta a veces muy precoz, y también puede llegar a una edad avanzada; sin embargo la mayoría de los casos descritos corresponden a la adolescencia. No hay una clara correlación con una determinada psicopatología, aunque parece haber un predominio de dos tipos: trastornos fóbicos y de la personalidad.

Se habla mucho también de una modificación de la actitud social ante la infancia, con un exceso de "contemplación" de los hijos y de permisividad hacia sus conductas, lo que llevaría a la génesis de esos "hijos tiranos", que toman el poder en la familia.

La edad de los padres es variable, aunque predominan los de edad avanzada, y las madres que viven solas con sus hijos.

Los aspectos normativos de la educación de los hijos/as -por exceso, por defecto o por inconsistencia- influyen de manera crucial en la aparición y mantenimiento de esta violencia. La relación entre hijos/as y padres en familias marcadas por la violencia filio-parental se basa en la aceptación repetida de todos los deseos de un hijo/a, con escasa o nula tolerancia a la frustración. La vergüenza respecto a lo que está sucediendo, y el temor a las críticas por no ser capaces de desempeñar el rol de padres provoca la aparición del secreto, y la ocultación de las agresiones.

Una concepción errónea del significado de "educación democrática", o una necesidad de acercamiento a un hijo/a para que ocupe el lugar del cónyuge ausente pueden conducir a la aparición de

esa tolerancia extrema que puede acabar en tiranía. La violencia puede así entenderse como un intento de desvinculación de unos padres que han colocado a sus hijos en una posición de dependencia continua en la vida cotidiana. El niño tirano se convierte en un ser privado de experiencias y aprendizajes, que funciona por debajo de su potencial cognitivo.

La posibilidad de encontrar una relación conflictiva en la pareja conyugal es alta, y conduce a una dejación de las funciones parentales, por un lado, y a una atribución mutua de culpas por otro.

En cuanto a los casos relacionados con experiencias previas de violencia, tal vez lo más destacado sea la posibilidad de cuestionar el estereotipo cultural que señala que un niño/a maltratado se convertirá en un padre maltratador. Como hemos comentado, la historia dolorosa del padre/madre provoca una inversión enorme de energía psíquica en el hijo/a; muchas veces superior a la cantidad de energía psíquica invertida en la pareja o en la relación de pareja.

Por último, resulta necesario un mayor conocimiento del tema mediante estudios longitudinales que permitan desarrollar un modelo teórico que incluya variables específicas de la violencia filio-parental, superando los enfoques tradicionales al respecto, propios de la delincuencia juvenil y la criminología. La lectura de estas variables en clave de circularidad permitirá un abordaje integrador, aunque el desarrollo de un modelo sistémico de la violencia filio-parental está aún por llegar.

Bibliografía

AGNEW, R.; HUGULEY, S. *Adolescent Violence toward Parents*. Journal of Marriage and the Family, 1989, Vol. V: pp. 699-711.

BAILEY, S. *Violent children, a framework for assessment*. Advances in Psychiatric Treatment, 2002, Vol. VIII: pp. 97-106.

BOBIC, N. *Adolescent violence towards parents: Myths and realities*. Rosemount Youth and Family Services, Marrickville. 2002. Remitido por la autora.

BREZINA, T. *Teenage violence towards parents as an adaptation to family strain. Evidence from a National Survey of Male Adolescents*. Youth and Society, 1999, Vol. XXX, 4: pp.416-444.

CARDENAS, E.J. *Los conflictos entre adolescentes y sus padres: pensar para no matar*. Mecanografiado.

COTTRELL, B. *Parent Abuse: The Abuse of Parents by their Teenage Children*. The National Clearinghouse on Family Violence, Canada 2001. Family Violence Prevention Unit. Ed. Health Issues Division.

COTTRELL, B.; MONK, P. *Adolescent to Parent Abuse. A Qualitative Overview of Common Themes*. Journal of Family issues, 2004, Vol. XXV, 8: pp. 1072-1095.

DALTON, C. *When Paradigms Collide: Protecting Battered Parents and Their Children in the Family Court System*. Family and Conciliation Court Review, 1999, n. 273. .

DUGAS, M.; MOUREN, M.C.; HALFON, O. *Les parents battus et leurs enfants*. Psychiatrie sociale et problèmes d'assistance. Psychiatrie de l'enfant, 1985, Vol. XXVIII, 1: pp.185-220.

GALLAGHER, E. *Parents Victimized by their Children*. Australian and New Zealand Journal of Family Therapy, 2004, Vol. XXV, 1: pp.1-12.

GALLAGHER, E. *Youth Who Victimise Their Parents*. Australian and New Zealand Journal of Family Therapy, 2004, Vol. XXV, núm. 2: pp. 94-105.

GILBERT WELLS, M. *Adolescent violence against parents: an assessment*. Family Therapy, 1987, Vol. XIV, 2, pp. 125- 133.

GLASER, B.A.; CALHOUN, G.B.; PUDER, R.J. *Using the Juvenile Offender Parent Questionnaire (JOPQ) as a risk and needs assessment. A prospective study*. Youth Violence and Juvenile Justice, 2005, Vol. III, 3: pp.253-264.

HENRY, T; HARBIN, M.D.; MADDEN, D.J. *Battered Parents: a New Syndrome*. American Journal of Psychiatry, 1979, 136: 10, pp. 1288-1291.

JACKSON, D. *Broadening constructions of family violence: mothers perspectives of aggression from their children*. Family and Community Health, College of Social and Health Science. University of Western Sydney, 2003. Mecanografiado.

KETHIENI, S. *Youth on parent violence in a central Illinois county*. Youth Violence and Juvenile Justice, 2004, Vol. II, n.4: pp. 374-394.

URRA, J. *El pequeño dictador. Cuando los padres son las víctimas*. La Esfera de los Libros, Madrid. 2006.

LAURENT, A.; BOUCHARLAT, J.; ANCHISI, A.M. *A propos des adolescents qui agressent physiquement leurs parents*. Annales médico-psychologiques, 1997, 155: pp 61-64.

LINARES, J.L. *Del abuso y otros desmanes*. Paidós Terapia Familiar, Barcelona, 2002.

MOUREN, M.C.; HALFON, O.; DUGAS, M. *Une nouvelle forme d'agressivité intra-familiale: les parents battus par leur enfant*. Annuaire Médico-Psychologique, 1985, 143, 3: pp. 292-296.

PAGANI, L.S.; TREMBLAY, R.E.; NAGIN, D.; ZOCOLILLO, M.; VITTARO, F.; McDOUFF, P. *Risk factor models for adolescent verbal and physical aggression toward mothers*. International Journal of Behavioral Development, 2004, Vol. XXVIII, n.6: pp.528-537.

PATERSON, R.; LUNTZ, H.; PERLESZ, A.; COTTON, S. *Adolescent Violence towards parents: Maintaining Family Connections When the Going Gets Tough*. Australia and New Zealand Journal of Family Therapy, 2002. Vol. XXIII, 2, pp. 90-100.

ULMAN, A.; STRAUSS, M. *Violence by children against mothers in relation to violence between parents and corporal punishment by parents*. Journal of Comparative Family Studies, 2000, Vol. XXXIV: pp. 41-60.